

El tablero cubano

JUAN-JOSÉ LÓPEZ BURNIOL

Cuenta el embajador Perinat, en sus recientes y amenas memorias, que siendo director general en el Ministerio de Asuntos Exteriores, a comienzos de los años setenta, recibió a un representante del Departamento de Estado norteamericano que pretendía la supresión por parte de España del vuelo regular de Iberia Madrid-La Habana, en apoyo del bloqueo comercial al que Estados Unidos había sometido a Cuba. Perinat expuso el tema a su ministro y éste lo sometió al jefe del Estado, quien se negó a acceder a la petición de Washington en aplicación de la doctrina oficial española de mantener relaciones, a ser posible estrechas, con todos los países iberoamericanos, con independencia de su ideología.

¿Fue esta una reacción más —como pretende alguno— del patriotismo arcaico de un viejo militar, incapaz de olvidar la humillación del 98, o bien existe —como creo— una razón más profunda? A ella voy a intentar referirme.

En su mensaje al Congreso del año 1823, el presidente Monroe formuló un conjunto de principios de política exterior conocidos por su nombre y que, so pretexto de preservar al Nuevo Mundo de otras intervenciones colonialistas de Europa, desembocó en una política de dominio de hecho de todo el continente —incluida la América Latina— por parte de Estados Unidos, basada en su absoluta hegemonía económica. Así, se ha observado que Estados Unidos, sin otra meta que su propia seguridad y conveniencia, fue desarrollando su acción sobre Latinoamérica. Primero, hasta el año 1848, expandió su territorio a costa de la república mexicana. Después ejerció su hegemonía en Panamá, Haití, Honduras y Nicaragua. Acto seguido, provocó la guerra con España, que le permitió apoderarse de Puerto Rico e intervenir decididamente en Cuba. Y, al mismo tiempo, fue consolidando su dominio económico sobre todo el ámbito latinoamericano con arreglo a las teorías del "destino manifiesto", la "diplomacia del dólar" y la "política del gran garrote". En el año 1912 las perspectivas eran tan lisonjeras para Estados Unidos que el presidente Taft se sinceró en estos términos: "No está lejos el día en que tres banderas estrelladas señalarán, en tres puntos equidistantes, la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro de hecho, como ya lo es moralmente, en virtud de nuestra superioridad de raza".

Menos retóricamente, los historiadores de la "nueva izquierda americana", que escribieron en la década de 1960, demostraron que, en respuesta a los problemas planteados por la industrialización y por el temor a la escasez tras la colonización de las últimas tierras libres, Estados Unidos se vio obligado a buscar nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados en el exterior. Pero, a diferencia de los holandeses, franceses y británicos de los siglos precedentes, los "nuevos imperialistas" americanos aspiraban al control indirecto, especialmente financiero, de los territorios extranjeros, más que al dominio territorial.

En este marco deben encuadrarse y entenderse dos fenómenos: la revolución cubana y la reacción norteamericana.

La revolución cubana se nutrió del nacionalismo retórico de libertador histórico —José Martí— y de la tradición de la izquierda revolucionaria posterior a 1917. Estaba a favor de la reforma agraria y, sobre todo, en contra del

imperialismo abrumador, corruptor y desnaturalizador de Estados Unidos. Aunque radicales, ni Fidel ni sus amigos eran comunistas. Sin embargo, todo les empujaba hacia el comunismo, comenzando por el apasionado anticomunismo del imperialismo estadounidense en la década del senador McCarthy. Debe tenerse presente que en marzo de 1960, mucho antes de que Fidel descubriera que Cuba tenía que ser socialista Y que él mismo era comunista, aunque a su manera, Estados Unidos había decidido tratarle como tal y se autorizó a la CIA a preparar su derrocamiento. En enero de 1961 Estados Unidos rompió relaciones con Cuba, y en abril organizaron el fiasco de bahía Cochinos.

Por otra parte, para entender el sentido de la reacción norteamericana, vale la pena recordar dos frases —escritas en 1964— del senador Fulbright, que fue presidente del comité de Relaciones Exteriores del Senado: "Comencemos sentando la premisa de que la continuada existencia del régimen de Castro en Cuba es perjudicial a los intereses de Estados Unidos"; por lo que procede "aislar a Cuba". Piénsese que este aislamiento era un golpe decisivo para Cuba, dado que su estructura económica estaba centrada en el monocultivo del azúcar, por lo que los cubanos sólo pudieron salir del atolladero cuando la URSS se erigió en el nuevo gran cliente.

Ésta es la auténtica partida planteada en el tablero cubano: la que ha enfrentado y enfrenta a un movimiento revolucionario de emancipación nacional, coyunturalmente comunista, con una gran potencia imperialista dispuesta a impedir, en aras de la exclusiva protección de sus intereses, cualquier alteración sustancial en su área de influencia, y que está decidida a emplear cualquier medio para evitarlo.

Con lo dicho no se pretende negar los abusos y crímenes del proceso revolucionario cubano, el saldo negativo de su cuenta de resultados y su agotamiento Final. Pero sí se quiere recordar las profundas razones históricas de su aparición ilusionada, aún no enteramente extinguidas; la necesidad de buscar una salida transaccionada al punto muerto actual, que desemboque en una transición fundada en la reconciliación Y no en la victoria sectaria del exilio radical; y, sobre todo, la improcedencia de que España se alinee con Estados Unidos, en cualquier tiempo y no importa por qué razón, en la adopción de medidas de fuerza contra Cuba, por constituir una traición a su propio destino histórico y porque, además, cabe preguntarse qué hubiese ocurrido si Estados Unidos no hubiese optado, desde el principio, por la fórmula prepotente y drástica del bloqueo.

Por último, una breve reflexión sobre las formas. La arrogancia es, las más de las veces, el ropaje vergonzante de la propia inseguridad. Y la fortaleza no está reñida con la cortesía, ni la Firmeza con la comprensión cordial.

La Vanguardia, 13 de diciembre de 1996